

## EN TORNO A LA ENSEÑANZA DE LA MORAL

Hoy nos encontramos con que están en crisis muchos de los valores que definen nuestra existencia. Los mismos valores espirituales atraviesan en nuestros días una etapa decisiva llena de riesgos y hermosas posibilidades. Dentro del campo de lo estrictamente religioso, uno de los temas que más acusan el impacto es, sin duda alguna, la Moral; no simplemente en el terreno de la práctica, que, como dice bien J. Leclercq, siempre ha estado en crisis<sup>1</sup>, sino sobre todo en lo referente a su enseñanza y conocimiento.

El dicho común: «Si pierdes la cartera, que no la encuentre un moralista», por caricaturesco que parezca, no deja de ser un síntoma alarmante del desprestigio que hoy goza la Moral en cuanto a su actual forma de expresión o etiqueta con que se presenta en el mercado.

Ya es muy significativo que un hombre que ha calado tan a fondo los problemas del cristianismo como el P. Sertillanges, tenga que confesarnos paladinamente en *Les études du prêtre d'aujourd'hui*: «El punto más débil del catolicismo actual en general, y en la debida proporción de su misma 'élite' docente, es sin duda alguna la Moral».

Y es que los azares de la Historia han querido que, para muchos, esta ciencia teológica de la Moral se haya convertido en algo así como un recetario de carácter puramente negativo que le resuelva a uno, del mejor modo y con la mayor comodidad, las papeletas difíciles y le dé a conocer el mínimo requerido para que pueda seguir ostentando el título de hombre «honrado», de católico «practicante». Y esto ya no es moral ni cosa que lo parezca. A lo más será una caricatura ridícula de ella.

---

<sup>1</sup> Sobre este tema, J. LECLERCQ ha escrito *L'enseignement de la Morale Chrétienne*, fruto de un contacto de treinta años con este problema. Con dicha obra ha tenido el mérito de colocarse entre los primeros en la prosecución de esta gran aventura de nuestros días. Tal vez, no todas sus afirmaciones merezcan ser aceptadas sin discusión, [Cfr. R. CARPENTIER, *Vers une morale de charité*, *Gregorianum*, 34 (1953) 22-55.] De todas formas, su aportación es considerable y sistemática. Ha sido vertido al castellano, sin demasiada fortuna, por G. de Manteola: *La enseñanza de la Moral cristiana*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1952, 344 pp. Nuestras citaciones se refieren a la versión española.

No puede convertirse la moral en ciencia del pecado, porque la ciencia ha de sustentarse en el ser, en algo positivo, y el pecado es precisamente privación del ser debido, carencia de la perfección que exige un acto determinado. Así como la sombra no puede estudiarse sino en función de la luz, en cuanto que aquélla no es sino la carencia de ésta, así el pecado y el vicio no pueden estudiarse debidamente sino en función del recto obrar y de la virtud.

El campo, pues, de la Moral es mucho más noble, más positivo, más amplio de lo que muchos han dejado entrever. Sus dominios se extienden hasta el pináculo de la perfección. Si desciende también hasta las profundidades del pecado, no debe ser sino de rechazo e indirectamente. La Moral es ante todo la ciencia que nos lleva a Dios, no la que nos permite conocer hasta dónde podemos acercarnos al mal.

Se acusa generalmente a la Moral moderna de negativa, parcial, excesivamente jurídica, abstracta, falta de acomodación a los tiempos actuales, desvitalizada, etc. Sin que admitamos «a priori» todas estas afirmaciones, conviene advertir que si algo realmente deficiente puede encontrarse en la Moral, sólo podrá ser enjuiciado debidamente si se considera a la luz de los acontecimientos históricos que lo hayan provocado. Además, si hoy la crisis nos parece más evidente, no es porque no haya sido más notable en tiempos pasados, sino porque choca más violentamente con el sano espíritu de renovación que sopla de modo especial en nuestros días, y porque las circunstancias que en parte justificaban este estado de cosas han dejado de ser las mismas.

Digamos de paso que estas deficiencias en la proposición de la Moral para nada deben hacer olvidar los valores que paralelamente han ido enriqueciéndola en una u otra faceta y, sobre todo, que jamás podrían abocar a la conclusión de que la moral propuesta por o con el asentimiento de la Iglesia, en algún periodo, haya dejado de ser en absoluto la Moral de Jesucristo. Afirmarlo sería negar el Espíritu Vivificador que rige el continuo crecer del Cuerpo Místico de Cristo.

### *El peso de los siglos.*

Hay algunos factores históricos que merecen ser recordados, al menos brevemente, si tratamos de comprender el estado actual de la enseñanza de la Moral.

La Moral de los dos primeros siglos de la Iglesia se caracteriza por su falta de sistematización. Los Padres se preocupan de recoger el mensaje de Jesucristo en toda su pureza y amplitud y de transmitirlo

de una manera vital a sus fieles. Esto es todo. Dogma y Moral forman un todo indivisible y, más que un sistema, una vida.

Ya a fines del siglo II podemos encontrar los primeros conatos de sistematización de la Moral con Clemente Alejandrino y Orígenes. Luego se irá enriqueciendo con nombres tan gloriosos como los de San Ambrosio, San Agustín, San Gregorio Magno, y tras cinco siglos grises de meras recopilaciones volverá a florecer nuevamente en el siglo XII.

Hasta la avanzada Edad Media, toda la doctrina teológica forma un conjunto homogéneo centrado en torno a la *Lectio Sacra*. El mismo Maestro de las Sentencias no encontrará lugar apropiado para desarrollar un cuerpo de doctrina moral, sino que la irá entremezclando con las diversas cuestiones dogmáticas según le den ocasión para ello.

Será necesario llegar a Santo Tomás de Aquino para encontrarnos con un verdadero tratado de Teología Moral verdaderamente profundo y sistemático, donde las diversas cuestiones se sucedan científicamente y cada una de ellas tenga su lugar adecuado. Con todo, sería un grave error el considerar esta Moral de Santo Tomás como algo perfectamente independiente y autónomo respecto del resto de la Teología.

En efecto, basta considerar los prólogos que encabezan cada una de las partes de la *Suma* para ver cuál era el plan del Doctor Angélico en esta síntesis maravillosa que arranca de Dios (I Parte), considera el movimiento de la criatura racional hacia El (II Parte), y finalmente, la Vía que debe seguir ésta en su retorno al Creador: Jesucristo (III Parte).

Es evidente que la parte moral por excelencia es la segunda, pero sería desacertado el querer hacer de esta parte de la *Suma* un tratado moral completo, prescindiendo de las otras dos partes que la encuadran y dan vida. Como nota bien Häring, la idea de la imitación de Jesucristo y el lazo de la gracia sacramental que nos une con El pertenecen plenamente a esta moral, y solo separando lo que en la mente de Santo Tomás era inseparable se pierde de vista la organización teocéntrica y cristocéntrica de su moral.

Los siglos XIV y XV serán de franco predominio nominalista, y su influencia en la evolución de los tratados de moral será decisiva. Para el *nominalismo*:

— El universal no existe realmente, por lo tanto no son los principios generales los que han de servir de punto de partida para resolver los casos particulares, sino que éstos han de resolverse independientemente; de aquí, la *casuística* como nueva base, y el predominio del aná-

lisis del acto sobre la consideración de los principios generales y los hábitos.

— El bien no es algo intrínseco al ser, como opinaba Santo Tomás, sino que es fruto de la libre y arbitraria determinación de Dios. La raíz del bien no está en la esencia de Dios, sino en su voluntad. Esto es bueno simplemente porque Dios lo quiere, como hubiese podido querer lo contrario. Ya no hay que decir que el bien es la ley, sino que la ley es el bien. De aquí el *legalismo*. Ya no será la virtud el centro de atracción de la Moral, sino la ley. Ya no se tratará de una carrera ascensional hacia una perfección sin límites, sino simplemente de no saltar la barrera del precepto. La moral amengua su carácter positivo y camina por los derroteros del extrínsecismo.

El siglo xvi señala un período de revalorización de la doctrina tomista. Es el siglo de las *Sumas* y de los *Comentarios*, pero el gusto por lo concreto suscitado por el nominalismo seguirá ejerciendo su influjo, no siempre perjudicial. Con todo, entre las obras monumentales y extremadamente científicas de las *Summae* y las obras de carácter reducido y totalmente práctico, como las *Summae confessoriorum* y *Confessionalia*, nacidas a principios del siglo xiii, se abría camino la preocupación por algo intermedio que permitiera asesorar fácilmente a los pastores de almas en el desempeño de su ministerio y al mismo tiempo no les dejase al margen de los grandes principios morales. La Contrarreforma, con la intensificación de la vida espiritual de los fieles, basada principalmente en los sacramentos, y la regularización de los estudios en los seminarios, va a hacer posible el nacimiento de una nueva modalidad en la enseñanza, concretizada sobre todo en las *Institutiones morales*.

La contextura de estos manuales obedece en todo a una idea principal: formar debidamente al clero para la recta administración del sacramento de la penitencia. De este modo vienen a incorporarse a la línea casuística de los «Libri poenitentiales» del siglo vii y de los vademécum para uso de los confesores, en el siglo xiii; con la diferencia de que en ellos, en vez de ordenar la materia a modo de diccionario, se le da una estructura más sólida y lógica y se la acompaña de una doctrina que permita resolver los casos de conciencia a la luz de los principios morales más generales. Pero, teniendo en cuenta la finalidad inmediata de estos manuales, se deja la sistematización de Santo Tomás, basada en las virtudes, para centrarse en la más cómoda y accesi-

ble de los mandamientos. Además, y esto es más trascendente, se separan estas nociones del resto de la Dogmática y de las cuestiones de Moral especulativa y Espiritualidad. A consecuencia de ello, nos encontramos con estos tratados plenamente autónomos que, no siendo en realidad más que de moral práctica, se nos presentan simplemente con el bonito título de *Teología Moral*.

De aquí nace involuntariamente un equívoco que ha de perdurar hasta nuestros días con mayor o menor influjo: el de presentar la parte por el todo; el de confundir el mensaje de Jesucristo, que nos invita a una vida nueva, con las normas jurídicas dictadas a los especialistas del Tribunal de la penitencia; el de equivocarse el mínimo exigible en el sacramento de la misericordia con las exigencias de un amor sin medida y de una perfección sin límites<sup>2</sup>.

No podemos negar la intervención de otros factores en el estado actual de la enseñanza de la Moral, tales como el predominio de las disciplinas jurídicas en el siglo XII o las influencias antropocentristas del Renacimiento, pero nos parece que ninguno tal vez ha influido tanto como los dos hechos históricos que acabamos de señalar: la disgregación producida en el seno de la Teología y el nominalismo filosófico.

#### *Mutilación e incongruencias.*

Ciertamente, el progresivo desarrollo de la Teología postula una mayor personalidad en sus partes, pero la separación no puede otorgarse sin graves consecuencias: «Jesucristo no ha enseñado su doctrina sino para conducir a la vida cristiana, que es realización de su doctrina. El Dogma separado de la vida llega a ser estéril, no sirve ya para aquello a que Jesucristo lo destina. La Moral separada del Dogma deja de ser cristiana»<sup>3</sup>.

Como recuerda monseñor Garrone<sup>4</sup>: «En la *Suma* de Santo Tomás la Teología Moral encuentra verdaderamente su sentido pleno. Esto se debe a que está encuadrada en una teología total, donde encuentra sus raíces y sus prolongaciones: vive de lo que recibe de los tratados anteriores y de lo que da a los tratados siguientes. Amputada de sus manantiales y de su estuario, la Teología Moral no puede aparecer más

<sup>2</sup> Con relación a estos datos históricos, véase: B. HAERING, *La loi du Christ*, volumen I, Desclée, Tournai, 1957, pp. 48-73; y M. J. CONGAR, *Théologie*, Dictionnaire de Théologie Catholique, v. XV, col. 424-426.

<sup>3</sup> J. LECLERCQ, *op. cit.*, p. 17.

<sup>4</sup> Cfr. HAERING, *op. cit.*, p. 2.

que como el lecho vacío de un río seco». En efecto, sin la gracia, sin el mérito, sin la imitación de Jesucristo..., la Moral cristiana queda mutilada y desfigurada.

Por otra parte, arrancar el concepto de «perfección» de la Moral para encerrarlo en una ascética totalmente desvinculada de ella, sería dejarnos a las puertas del ideal moral cristiano. El mandato del Señor es que seamos perfectos como su Padre celestial es perfecto<sup>5</sup>. Y si es cierto, como afirma Santo Tomás, que la perfección consiste esencialmente en los preceptos<sup>6</sup>, y que la caridad sin límites se nos impone como objeto del primer mandamiento, se sigue también que la perfección esencial se nos impone bajo precepto<sup>7</sup>. No todos estarán obligados a adoptar los consejos evangélicos como medios extraordinarios que son para obtener esta perfección; pero nadie podrá dispensar a nadie de la obligación de tender a la perfección de su estado si la única medida que permite el precepto del amor es la de amar a Dios sin medida.

Esta exigencia de perfección atañe a todo cristiano, puesto que radica en la misma esencia de la gracia, recibida como germen en el sacramento del Bautismo, y que por sí misma postula crecimiento y desarrollo<sup>8</sup>.

La separación radical entre la Moral y la Ascética, y la limitación de la «perfección» dentro de ésta, lleva a incongruencias notables<sup>9</sup>. Consideremos, por ejemplo, el caso relativo a la tendencia a la perfección. Todos tenemos obligación de tender a la perfección, como lo recuerda el mandato del Señor. Por lo tanto, habrá algún pecado de omisión en el incumplimiento de este deber. Hasta aquí todo va bien. Pero cuando se trata de especificar las características de esta obligación, nos encontramos en un callejón sin salida, ya que, en nuestro caso, la Moral no se ocupa de la perfección y la Ascética no tiene por objeto la determinación del pecado. De este modo, si queremos ser consecuentes con los antedichos principios de separación entre la Moral y la Espiri-

---

<sup>5</sup> Cfr. Mt. 5, 48.

<sup>6</sup> Cfr. 2-2, q. 184, a. 3.

<sup>7</sup> Sin duda alguna, a la moral centrada sobre la perfección de la caridad le acechan dos serios peligros, como lo demuestra la Historia de la Iglesia. Para el *rigorismo*, el deber de amar hace todas las obligaciones ilimitadas como él. Para el *quietismo*, el amor remplacea y hace olvidar las otras obligaciones. El verdadero camino se encontrará en la línea media. Cfr. R. CARPENTIER, *Vers une morale de la charité*, Gregorianum, 34 (1953) 41.

<sup>8</sup> Cfr. A. ROYO, *Teología de la Perfección Cristiana*, B. A. C., Madrid, 1954, páginas 218-223.

<sup>9</sup> Cfr. J. LECLERCQ, *La enseñanza de la Moral cristiana*, pp. 288-291.

tualidad, quedará en el aire una de las obligaciones esenciales del cristianismo. Por el contrario, si queremos hacer de la palabra de Jesucristo la norma absoluta de nuestra vida, nos veremos obligados a considerar la perfección dentro del ámbito de la Moral y la Espiritualidad como ciencia subalterna de ésta, en cuanto que atiende, más que al deber, a la técnica de la perfección.

### *Evolución unilateral.*

La doctrina que nos trajo Jesucristo es vida y la vida se manifiesta más en el dinamismo de los hábitos que en los actos aisladamente considerados. Si los modernos tratados de Moral conceden una importancia tan grande a los actos, y en especial al acto pecaminoso, es porque no dejan de ser trasposiciones más o menos serviles de los tratados de moral práctica para uso de los seminarios.

Al confesor, como juez de profesión, le interesa sobre todo el aspecto estático de los actos ya consumados que él debe analizar hasta sus últimos recodos a la luz de la ley. Construir con este objeto una moral negativa en torno a los mandamientos, una moral que permita delinear con la mayor precisión posible el límite entre el bien y el mal, una moral que defina los requisitos mínimos para poder absolver<sup>10</sup>, es mucho más cómodo que conservar el esquema esencialmente positivo de Santo Tomás, centrado sobre las virtudes como expresión del «movimiento de la criatura racional hacia Dios» y donde el pecado sólo se estudia por contraposición a la virtud y sus actos. Pero no dejó de tener sus consecuencias funestas este cambio estructural en la Moral.

No podemos negar el valor de los Mandamientos ni menospreciar su aptitud para conducirnos a la bienaventuranza: «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos»<sup>11</sup>; ni siquiera podemos negar el valor práctico de tal esquema moral en cuanto fácilmente asimilable por los fieles. Pero puesto que el Decálogo insiste no poco en preceptos negativos y asume en gran parte las obligaciones de la ley natural, indirectamente puede llevar, en una moral construida sobre ellos, a con-

---

<sup>10</sup> «Aunque nuestra moral presenta el ideal cristiano con todas sus exigencias, no intentamos, con todo, justificar en modo alguno el rigorismo en la administración de la penitencia. Cuando se trata de dar o rehusar la absolución, la mayor benignidad sigue siendo la regla de oro. Pero conviene evitar igualmente el error contrario. Cuando los autores eclesiásticos menos severos recomiendan en sus «Manuales del Confesor» esta o aquella interpretación amplia de la ley moral, se trata de indicaciones ofrecidas al confesor en cuanto juez, de ninguna manera de una regla absoluta de vida. Lo contrario sería laxismo.» HAERING, *op. cit.*, p. 16.

<sup>11</sup> Mt. 19, 17.

ceder más valor a las virtudes mimadas de la filosofía y a dejar, por el contrario, sin lugar apropiado muchas de las virtudes específicamente cristianas que ocuparon el primer lugar en la enseñanza de Jesucristo y de los santos, como las teologales y las inculcadas en el Sermón de la Montaña <sup>12</sup>.

Además, esta insistencia en la consideración del acto en sí ha conducido naturalmente a los excesos de la casuística. Y nótese bien que no queremos decir que la casuística esté en oposición a la más elevada moral. Al contrario, es necesaria. «Bien situada, la casuística presta grandes servicios. Es una especie de clínica espiritual para los casos difíciles. Pero debe estar bien situada. El género humano no vive en clínica» <sup>13</sup>.

La casuística debe formar parte de la Moral en cuanto que muchas veces es sumamente difícil aplicar los principios generales a los casos concretos, pero lo que no debe hacerse es considerar a la casuística como la parte más importante y esencial de la Moral. Adviértase que al hablar aquí de la legitimidad de la casuística nos referimos a la resolución de los casos concretos a la luz de los principios universales de la Moral y excluimos todo sentido estrictamente nominalista. En efecto, un gran peligro de la casuística está precisamente en que, siendo una técnica que requiere cierta especialización, se quiera confiar a la masa el uso ciego de sus conclusiones. Esto, además de desvitalizar por completo el comportamiento moral, es inhumano, porque aminora y despersonaliza al hombre. «Cada cual es responsable de sí mismo y de guiar su propia vida, rodeándose, es cierto, de consejos y ayudándose de todo lo que puede ayudarle, pero, en último análisis, es el responsable ante Dios. En la vida ordinaria se debe, pues, dirigir uno a sí mismo, y cuando se posee equilibrio moral sano, los problemas se resuelven habitualmente sin dificultad; la cuestión capital es la de la orientación» <sup>14</sup>.

Mucho más importante que la casuística y que la consideración del acto, sobre todo del acto malo, es dar con el espíritu de la Moral cristiana, con el sentido de los valores morales, con el carácter de esa nueva vida, incoacción de la divina, que se nos ha infundido en el sacramento de la regeneración y que pide manifestarse al exterior por actos que le son propios. A esta luz nacerá luego una moral de

---

<sup>12</sup> Cfr. J. M. COOPER, *Content of the College Religion course*, Lumen Vitae, 1 (1946) 24.

<sup>13</sup> J. LECLERCQ, *op. cit.*, p. 279.

<sup>14</sup> J. LECLERCQ, *op. cit.*, p. 280.

los actos virtuosos, positiva y abierta a las más ambiciosas aspiraciones, cuyo objeto propio será practicar el bien, más que evitar el mal. Evitar el mal no es más que una condición de la práctica del bien y se evita el mal por el mero hecho de practicar el bien. Sin duda alguna, también esta moral fijará su consideración en el acto pecaminoso, pero sólo en segundo término. En ella, como recuerda J. Leclercq, tendrá ciertamente más cabida el pecado de omisión, que con tanta dificultad se puede encajar en morales de carácter más negativo o legalista.

Una vez que se ha infundido este espíritu, la solución de los casos particulares se simplifica notablemente, sin necesidad de recurrir la mayoría de las veces a la ciega aplicación de las conclusiones estandarizadas por la casuística barata; conclusiones que pierden toda su fuerza en cuanto se las separa de su fuente, y lo que es más, muchas veces su valor, ya que raramente se dan dos casos concretos de idénticas circunstancias.

Pero para esto es necesario poseer una síntesis de la Moral cristiana, que en parte se ha perdido por la separación de la Moral práctica del resto de la Teología y por el influjo de la técnica del análisis.

#### *Análisis y síntesis.*

No se puede negar la importancia de la Filosofía en la sistematización de la Teología Moral. Gracias a ella podemos hoy contemplar esa maravilla de lógica con que se suceden racionalmente las cuestiones; también gracias a ella se ha podido llegar a esos análisis tan perfectos de los actos morales y a ese rigor científico en la terminología que le sirve de expresión. Pero esta técnica, por necesaria que sea, siempre está llena de peligros cuando se trata de aplicarla a la vida. Porque el análisis separa y divide, y la separación da rigidez y causa la muerte. El microscopio no puede hacer una ampliación parcial sin causar al mismo tiempo una desproporción en el conjunto. Es absolutamente necesario, pues, aliar el análisis con la síntesis, si no se quieren crear monstruos.

En la Teología Moral no siempre se ha tenido esto en cuenta; y así, tenemos, junto a tratados tan acabados como lo son los de los actos humanos y de la justicia, una idea relativamente pobre y desleída del ideal de vida que Cristo nos dejó palpitante y arrebatador en los Evangelios.

¿No da muchas veces la impresión de que en lugar de estar leyendo un tratado de Teología Moral es un simple tratado de Ética Natural lo que tenemos entre las manos?

Es cierto que muchos constitutivos de la Moral cristiana estaban ya definidos dentro de la Moral Natural. Pero, ¿y esa nueva vida que Cristo les infundió al elevarlos a un plano incomparablemente superior, dónde está?

¿No es cierto que la vida moral del cristiano es un diálogo constante con nuestro Padre de los cielos que nos llama gratuitamente a participar de su vida divina? ¿No es cierto que la vida del cristiano debe ser un reflejo de la de Jesucristo nuestro modelo, conforme a las palabras del Apóstol: «Porque a los que antes conoció a éstos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que Este sea el primogénito entre muchos hermanos»? <sup>15</sup> ¿No es cierto que si hay un deber fundamental en el cristianismo, que anime todos los demás, es el de amar y que si en algo ha de manifestarse que somos discípulos de Jesucristo es en que nos amamos unos a otros como El nos ha amado? <sup>16</sup> ¿No es cierto que los cristianos lejos de ser piezas aisladas y autónomas somos miembros de un mismo cuerpo <sup>17</sup> y artífices del reino de Jesucristo, y que por lo tanto nuestra vida tiene una dimensión eminentemente social?

Pues bien, ni la idea de la paternidad divina, ni el cristocentrismo, ni la caridad como deber primordial <sup>18</sup>, ni la dimensión social de la vida del cristiano resplandecen debidamente en la gran mayoría de los tratados modernos de moral.

La elaboración de la síntesis de la moral cristiana, el poner de relieve las ideas fundamentales que deben dirigirla, es una de las lagunas más lamentables de la enseñanza, que pide urgente reparación.

---

<sup>15</sup> Rom 8, 29.

<sup>16</sup> Cfr. Io 15, 12.

<sup>17</sup> Rom 12, 15.

<sup>18</sup> «Se ha hablado con frecuencia de las lagunas que presenta la enseñanza de la Moral con relación a la caridad... Sin duda alguna, es más fácil denunciarlas que ponerles remedio; ya que restituir a la caridad el puesto de honor que ocupa en la teología de San Juan exigiría una refundición total. Esta moral, reconstruida según nuevos esquemas de carácter plenamente evangélico, correría, sin duda, el riesgo de ser tenida por locura. Yo me pregunto, con todo, si en moral como en exégesis, no vale la pena correr tal riesgo.» R. P. BRAUN, *Morale et mystique à l'école de saint Jean*, *Morale Chrétienne et requêtes contemporaines*, 1954, p. 83.

*Han cambiado las circunstancias.*

Todavía podemos considerar el problema desde otro punto de vista. Gran parte del bagaje que ha ido trasmitiéndose de padres a hijos, en la genealogía de nuestros textos de Moral, procede de una época muy distinta de la nuestra y fue concebido en función de una masa cristiana homogénea. Entonces el cristianismo no se discutía. No existía o se creía no existir el problema de la fe. Todo se reducía al problema de las costumbres. Era un cristianismo recibido con el agua bautismal a los pocos días de nacer y mantenido sin lucha. Puesto que la ignorancia era bastante común, había que instruir a los fieles en sus deberes religiosos, pero sin forzar demasiado. Se trataba ante todo de salvar la vida de la gracia en las almas; la Moral enseñaría, pues, con toda precisión, los requisitos indispensables para su conservación o recuperación en caso de necesidad. Se harían llegar a los fieles las normas prácticas sin demasiadas explicaciones teóricas y luego se pondría sumo empeño en resguardarlos de todo aire peligroso que pudiera causarles daño. Se creía haber conquistado el mundo y, puesto que la sociedad en que se vivía era radicalmente cristiana, *a priori* se suponía a todos en posesión de las vistas de conjunto que permitiesen descubrir el meollo del cristianismo. Al amparo de esta suposición, la enseñanza podía tomarse el lujo de desarrollarse a modo de capas sucesivas sin íntima trabazón<sup>19</sup>.

Hoy han cambiado las cosas. La sociedad ha perdido su homogeneidad primitiva. No hay posibilidad de evitar el contagio para quienes se contentan con poseer unas cuantas nociones prácticas sin conocer su íntima conexión con toda la vida cristiana. El evitar aquello que destruye la vida de la gracia, el conseguir la pronta reparación de las caídas y, sobre todo, el asegurar el paso final que nos dé el pasaporte para la bienaventuranza eterna, es de una importancia transcendental que nadie podrá despreciar sin error evidente. Pero hoy se percibe, con una fuerza especial, la necesidad no solo de morir en cristiano, sino también de vivir en cristiano; vivir en toda su amplitud la vida que Cristo trajo a la tierra; trabajar activamente por la implantación de su reinado. Hoy se ha descubierto en torno a nosotros el mundo no-cristiano y se siente la necesidad de afirmar ante él la originalidad y novedad del mensaje cristiano, y esto no se puede lograr viviendo simplemente como hombre «honrado», porque tam-

---

<sup>19</sup> J. LECLERCQ, *La enseñanza de la Moral cristiana*, pp. 24-25.

bién fuera del cristianismo podemos encontrar quienes manifiestan externamente una honradez semejante o mayor <sup>20</sup>.

La traducción vital del mensaje de Cristo en toda su plenitud es una exigencia de este período de «conquista» que nos une palpablemente a los primeros siglos del cristianismo. La vida moral debe dejar de constituir un problema de índole meramente personal para convertirse en un arma de combate en el campo de las creencias, y solo podrá lograrlo en la medida en que refleje lo específica y auténticamente cristiano. También esto nos ayudará a comprender mejor por qué la Moral, que en los siglos pasados creció bajo un signo predominantemente individual, hoy vuelve a abrirse al aspecto social y comunitario tan manifiesto en el cristianismo naciente.

### *Renovación y responsabilidad docente.*

Afortunadamente la inquietud existe hoy más que nunca, y la marcha hacia la presentación de la Moral cristiana, en toda su amplitud y autenticidad, está iniciada. Y hoy, a un siglo de los primeros conatos renovadores de J. M. Sailler († 1832) y J. B. Hirscher († 1865), nos encontramos, por citar algunos casos, con esfuerzos tan importantes por centrar toda la moral sobre la caridad como los de G. Gillemann, o los de F. Tillmann por presentarla en función de la asimilación a Jesucristo <sup>21</sup>. Es cierto que se discute si estos principios por sí mismos son norma suficientemente clara y determinada de moralidad <sup>22</sup>; de todos modos, nadie podrá negarles la capacidad de darnos, como ningún otro, el espíritu verdadero de la moral cristiana.

Junto a estos trabajos de índole más innovadora, tenemos otros muchos, de autores que, ateniéndose todavía a los esquemas tradicionales, se esfuerzan por infundirles nueva vida por medio del retorno a la Sagrada Escritura y al tomismo integral.

Es asimismo muy laudable el esfuerzo de muchos textos de enseñanza media por acomodarse a estas corrientes renovadoras, ya incluyendo en las lecciones referencias a los demás tratados religiosos del ciclo, o recapitulaciones doctrinales que permitan colocar las nociones morales dentro del marco de la teología única; ya haciendo pre-

<sup>20</sup> Cfr. J. LECLERCQ, *op. cit.*, pp. 340-341.

<sup>21</sup> Cfr. HAERING, *La loi du Christ*, vol. I, pp. 79-90.

<sup>22</sup> Cfr. HÜRTH, *Hodierna conscientiae christianae problemata metaphysica, psychologica, theologica*, Periodica de re morali canonica liturgica, 42 (1953) 244.—A. GODIN, *Le primat de la charité*, Lumen Vitae, 9 (1954) 647-659.—R. CARPENTIER, *Vers une morale de la charité*, Gregorianum, 34 (1953) 32-55.

ceder el tratado de algún capítulo de índole sintética. Pero en no pocos casos esto suena todavía a yuxtaposición o aditamento extrínseco al tratado.

La tarea no está terminada. Todavía hay mucha disgregación en nuestros textos de Moral. Por otra parte, es tan fácil aferrarse a lo defectuoso que se posee como dejarse llevar de la innovación inconsiderada. Habrá, pues, que trabajar mucho antes de poder llegar a conseguir ese tratado bien equilibrado que, sin renunciar a los conocimientos acumulados en muchos años de experiencia y de labor analítica, sepa enraizarlos en una síntesis y un espíritu que conserven toda la lozanía de los Evangelios; ese tratado que manteniendo el rigor y precisión de toda ciencia<sup>23</sup> —que es conocimiento por las causas—, deje al mismo tiempo correr la vida entre los enrejados de la técnica. En fin, un tratado que resuelva el problema desde dentro.

Sigue siendo cierto en Pedagogía que el libro nunca pasará de ser un buen auxiliar del profesor. El texto jamás podrá sustituir la eficacia docente del maestro. En el caso de la enseñanza de la Moral al profesor le incumbe una tarea especial, en cuanto que dispone de instrumentos más imperfectos, que él debe tratar de subsanar por medio del cuidado en la selección y la aportación personal cuando el caso lo requiera. Y esto lo afirmamos de cualquier grado de la enseñanza moral, puesto que el mal no está completamente extirpado de los textos superiores para uso de universidades y seminarios; textos que, en la mayoría de los casos, han constituido, desgraciadamente, la pauta casi exclusiva para la elaboración de otros más elementales.

En los seminarios la falta de síntesis, a que hemos aludido, en la exposición de la Teología Moral, puede subsanarse más fácilmente, pero no sin dificultad, por la amplitud del resto de los estudios teológicos y por la madurez de los alumnos. El exceso de especialización jurídica y enfoque unilateral tienen, en parte al menos, su justificación, en atención al ministerio de las almas a que se dedicarán quienes manejan esos textos. Pero en la enseñanza de la Moral a los simples fieles, el servilismo de los textos, la carencia de adaptación, la menor edad de los alumnos, la falta de profundidad en el resto de la

---

<sup>23</sup> Creemos, efectivamente, que éste es un defecto en que se ha caído con facilidad cuando se ha pretendido resolver la cuestión por el mero hecho de dejar de lado la técnica expositiva tradicional. Las consideraciones piadosas y el discurso más o menos vago nunca podrán ocupar el lugar del texto verdaderamente sistemático y preciso que se busca. Cfr. A. PEINADOR, C. M. F., *Teología moral de los Estados de Perfección*, Coclusa, Madrid, 1959, p. 9.

enseñanza religiosa, el ambiente de disgregación en que ya vive el estudiante en las demás disciplinas, la disparidad de fines educativos, etcétera, vienen con suma frecuencia a agravar las deficiencias ya existentes en los más altos grados de enseñanza teológica.

Junto a la labor de síntesis, el profesor de moral debe tratar de infundir la vida donde el racionalismo excesivo ha llevado a una excesiva y fría intelectualización. No se debe confundir la lección de Moral con un sermón, pero tampoco con una clase de filosofía. La Moral como ciencia es objeto del entendimiento, y en el entendimiento debe descansar su fuerza principal, pero no olvidemos que, en parte al menos, es una ciencia práctica íntimamente conexas con la vida; será por tanto más accesible a las ideas que expresaba Hofinger<sup>24</sup> hablando de los seminarios; «Solo a condición de que lleguemos a hacer de la *theologia salutis* una *theologia cordis* en el mejor sentido de la palabra, podremos esperar ver un día a los apóstoles que formamos, anunciar la *doctrina salutis ex abundantia cordis*».

Esto se consigue ciertamente haciendo resaltar el aspecto cristocéntrico de la Moral, haciendo ver en el cristianismo no «algo» sino «alguien», según la fórmula de Jungmann<sup>25</sup>. Haciendo que la caridad sea realmente el sol que ilumine toda la Moral: «La Moral cristiana es la asimilación del amigo al amigo, asimilación que se efectúa en nosotros y que nos empuja a amar a Dios en todo con amor de preferencia»<sup>26</sup>. Bajo estas concepciones el cristianismo se presentará esponjoso y abierto, sin posibilidad de encerrarse en un particularismo egoísta<sup>27</sup> tan lejano al ideal y al ejemplo del divino Maestro.

Otro punto de sumo interés para el profesor de moral de centros no especializados, y que no podemos pasar por alto, es la adaptación en

<sup>24</sup> *Vers une meilleure formation kerygmaticque dans les séminaires*, Lumen Vitae, 10 (1955) 544.

<sup>25</sup> Cfr. *La place de Jésus-Christ dans la catéchèse et la prédication*, Lumen Vitae, 7 (1952) 578. Véase igualmente HAERING, *La loi du Christ*, vol. III, 1959, p. 9.

<sup>26</sup> G. DELCUVE, *L'amitié de Jésus-Christ et la formation religieuse des adolescents*, Lumen Vitae, 7 (1952) 614.

<sup>27</sup> «La inquietud espiritual, los escrúpulos y la carrera en pos de nuevas devociones y garantías extraordinarias de perseverancia final, de revelaciones y apariciones, provienen sobre todo del cuidado exclusivo de la salvación personal. Nos corresponde a nosotros el mostrar a los fieles el orden grandioso de la Redención, según el cual Dios nos envía a su amado Hijo y reúne en Jesús todas las cosas (Efes 1, 10); la nueva creación, más maravillosa que la realizada en seis días; el plan trinitario según el cual el Espíritu Santo es derramado sobre nosotros, a fin de que la creación vuelva al Padre por Jesucristo. Entonces los corazones se dilatarán y estarán dispuestos a grandes cosas.» JUNGSMANN, *La place de Jésus-Christ dans la catéchèse et la prédication*, Lumen Vitae, 7 (1952) 580.

el vocabulario. Adaptación que todavía no está completamente resuelta en los textos y que tardará mucho en conseguirse, simplemente porque es muy difícil dar con un equivalente vulgar que traduzca perfectamente la riqueza acumulada en muchos términos técnicos, elaborados pacientemente, al compás de la lenta evolución de toda la Teología. Es un problema general en toda la enseñanza religiosa, pero la dificultad no suprime el problema que sigue pidiendo solución.

El que debe enseñar la doctrina debe poseerla en toda su profundidad, pero esto no implica que tenga que exponerla al público no iniciado en almidonadas fórmulas escolásticas. La exposición de la doctrina será eficaz, en el aspecto humano, en la medida que sepamos expresar las verdades más elevadas en el lenguaje más sencillo y adaptado a nuestro auditorio<sup>28</sup>. Por otra parte, aun prescindiendo de las voces técnicas hemos de saber seleccionar las palabras más aptas para designar rectamente las virtudes y hacer atractivo el mensaje que intentamos presentar. Así, hay vocablos que, objetivamente considerados, designan un acto o hábito virtuoso, pero que adquieren muy diverso matiz e incluso pueden cambiar de signo, en el uso corriente, según se apliquen a un niño, a un joven o a una persona madura de uno u otro sexo<sup>29</sup>. Esta selección es tarea personalísima del profesor en cuanto que dichas variaciones accidentales están íntimamente ligadas a los factores espacio y tiempo, por tanto no se pueden resolver en abstracto.

### *Individualismo y gregarismo.*

Finalmente, no podemos por menos de señalar aquí algunas tendencias peligrosas latentes en el ambiente de nuestros días, y que por su modo solapado de presentarse fácilmente pueden crecer a la sombra de nuestra enseñanza moral.

El P. K. Rahner<sup>30</sup> nos describe la lucha titánica que se está libran-

---

<sup>28</sup> «Una de las debilidades habituales de la enseñanza cristiana moderna se encuentra en la dificultad de exponer la enseñanza en lenguaje ordinario. La literatura religiosa está cargada de lenguaje técnico, que no corresponde a los conocimientos ni al estado de espíritu del pueblo y, a causa de esto, la enseñanza religiosa parece sin relación con las exigencias reales de la existencia. El clero está tan apegado a las fórmulas de escuela, que parece frecuentemente incapaz de hablar sencillamente de la vida como Jesucristo hablaba, mezclando lo divino a lo cotidiano.» J. LECLERCQ, *La enseñanza de la Moral cristiana*, páginas 162-163.

<sup>29</sup> J. M. COOPER, *Content of the College Religion Course*, Lumen Vitae, 1 (1946) pp. 24-25.

<sup>30</sup> K. RAHNER, *Dangers dans le catholicisme d'aujourd'hui*, Desclée de Brouwer, Bruges, 1959, 136 pp.

do hoy «entre el individualismo secular y el colectivismo que se presenta con la alegre persuasión de que el porvenir le pertenece». La situación es extremadamente confusa por cuanto el nuevo peligro parece haber brotado de los mismos remedios que queríamos aplicar <sup>31</sup>.

De una parte tenemos la «ética extrema de la situación» nacida de la complejidad increíble de la vida moderna, del relativismo, en definitiva del individualismo. Es como un eco lejano del nominalismo filosófico del siglo xiv. «No existe ninguna norma universal y universalmente obligatoria, solo existe el individuo totalmente irreductible, que no es de ningún modo el simple caso particular de un universal y que es el único que puede saber en cada coyuntura, por la decisión de su libertad más propia y más original, cómo debe obrar y si ha obra rectamente» <sup>32</sup>.

Sin necesidad de proclamar abiertamente estos principios, muchas veces se profesan implícitamente cuando ante las situaciones morales complicadas, hoy tan frecuentes, se desespera de poder dilucidarlas por los principios universales de la Moral, se repliega uno hacia el terreno de la pura «intención» y se renuncia a la exigencia de obrar de un modo objetivo y determinado. Ya no cuenta la acción material que se ejecuta sino la intención con que se ejecuta delante de la conciencia y de Dios. La conciencia deja de ser una simple manifestación de la ley para convertirse en ley misma. Ante una acción determinada, cada uno debe apañárselas con su conciencia. Cada uno debe saber por sí mismo lo que tiene que hacer y decidir de un modo siempre nuevo en cada caso. No se hace la comparación, que podría resultar inconveniente, entre el comportamiento individual y la enseñanza de la Iglesia, pero se pretende obrar con «buena conciencia» <sup>33</sup>.

Así surgen esa «moral de buena voluntad» y esas gentes de «buena conciencia» que saben en seguida lo que Dios quiere de ellas y lo que no puede «naturalmente» pedirles; siendo así que, en realidad, este modo de proceder no es muchas veces más que «el mutismo de su verdadera conciencia y el monólogo ininterrumpido de su propio corazón, que según la Sagrada Escritura es malo de nacimiento» <sup>34</sup>.

Una buena parte de la repulsa actual de muchos católicos por la ca-

---

<sup>31</sup> K. RAHNER, *op. cit.*, pp. 13-14.

<sup>32</sup> Id., *op. cit.*, p. 66.

<sup>33</sup> Id., *op. cit.*, pp. 62-72.

<sup>34</sup> Id., *op. cit.*, p. 86.

suística rectamente aplicada, puede ser, en muchos casos, un síntoma de una ética implícita de la situación<sup>35</sup>.

Aun entre aquellos que pretenden ajustarse en todo a los principios morales generales y normas de la Iglesia, se encuentra fácilmente la tendencia a contentarse en el propio obrar, con una certeza práctica subjetiva, por el uso y el abuso de los principios reflejos y sistemas de moralidad. De este modo se olvida que la certeza subjetiva ha de tender siempre a conformarse con la verdad objetiva, y que si los principios reflejos pueden prestar muy buenos servicios, sólo debe acudir-se a ellos cuando están agotadas moralmente las posibilidades de solución objetiva. Es evidente el peligro de relativismo moral a que fácilmente conduce esta línea de conducta y el total desprecio que supone de las transgresiones materiales de la ley.

En el polo opuesto tenemos el peligro del gregarismo, cuando el desaliento y la desesperación ante las situaciones le mueven a uno a abdicar la propia responsabilidad individual para lanzarse cómodamente en otras manos, incluso en las de la Iglesia, pero, no en aquello en que la Iglesia le querría seguidor indiscutible sino en aquello en que él, como hombre libre, quiere hacerse irresponsable. Bajo este respecto aun la extrema docilidad a las normas de la Iglesia, en sí siempre de desear, puede provenir más que de una convicción viva y de una decisión personal y libremente adoptada, de la debilidad y del desaliento. En esta situación el hombre se deja arrastrar por cualquier viento, en este caso, accidentalmente, por quien está más cerca: la Iglesia, sus representantes, o la materialidad de sus preceptos<sup>36</sup>.

Estas desviaciones, si en la práctica pueden provenir de la comodidad, en el fondo proceden de una concepción errónea del hombre y del individuo.

La naturaleza ontológica de un ser, completamente considerada, es norma de su acción. En este caso, el hombre, *en cuanto tal*, en cuanto hombre, está sujeto a las normas universales establecidas en función de su naturaleza humana. Su acción humana es un caso particular de esas normas.

Pero *como individuo*, que posee una originalidad propia e irremplazable, es algo único que no puede reducirse a un caso particular del universal humano; por tanto, los principios morales que se apoyan en

---

<sup>35</sup> Id., *op. cit.*, p. 71.

<sup>36</sup> Id., *op. cit.*, pp. 46-49.

la naturaleza humana en cuanto tal, como norma, no podrán alcanzar directamente esta esfera de lo puramente individual, para determinar su actividad por medio de conclusiones particulares. Es la esfera privada de una ética individual, de contacto directo con Dios, donde Dios como Persona se dirige al individuo en cuanto persona.

Pero no por eso ha de caerse en la herejía de la «ética de la situación», ya que lo individual en el hombre no destruye lo universal sino que se sitúa dentro del universal humano; es, pues, como un campo de libre y ulterior determinación respecto de las normas morales universales. Se sigue de esto que no pueden darse imperativos morales individuales, sino dentro de la moralidad cristiana universal y jamás fuera de ella.

Así, pues, en la conciencia podemos descubrir dos funciones:

Primera. La de aplicar las normas generales objetivas a los casos particulares; consecuencia de nuestra común naturaleza y pertenencia a la Iglesia. Es la función rotundamente negada en la ética de la situación y de modo más velado por sus secuaces implícitos.

Segunda. La de discernir y manifestar la llamada única y personalísima de Dios, jamás derivable de un principio moral universal o de una norma general de la Iglesia; consecuencia de nuestro carácter de individuos. Es el campo de las obligaciones estrictamente individuales y de la responsabilidad más íntima que jamás podrá descargarse totalmente en otras manos.

Esta segunda función de la conciencia es la desconocida del colectivismo y gregarismo eclesiástico, y, desgraciadamente, también por la mayor parte de los libros de Moral, que suelen relegarla a la Ascética y Mística. Sin embargo, no se puede negar que esta segunda función de la conciencia no debería dejar de ser considerada en toda moral que intente darnos en su integridad el programa de vida trazado por Jesucristo, en cuanto que refleja el carácter más íntimo y sublime del diálogo del hombre con Dios.

Contraemos obligación ante la ley de Dios y de la Iglesia que habla a los hombres y a los cristianos en general. ¿No dejaremos de contraer alguna obligación respecto de la vocación personalísima y única de Dios a cada alma?

La técnica del «discernimiento de espíritus», que debe permitir la identificación de esta llamada, pertenece de suyo a los tratados de Es-

piritualidad. Pero la obligación, grande o pequeña, de corresponder a dicha llamada ha de ser determinada por la Moral<sup>37</sup>.

### *Conclusión.*

Resumiendo. Hemos visto:

— cómo la separación de la moral práctica del resto de la Teología ha creado un equívoco lamentable que nos ha llevado a confundir con la Teología Moral lo que solo era un aspecto parcial de ella;

— cómo la elaboración de los textos de Moral en función del sacramento de la penitencia ha inducido a sus autores a limitar su atención a las cuestiones preferentemente negativas, jurídicas y minimistas de la aplicación de la ley y del límite entre el bien y el mal;

— cómo la falta de adaptación ha llevado a presentar en los manuales de Moral, para uso de los fieles, un esquema de moral profesional de pastor de almas, no la moral radiante e integral que, lejos de hacer del límite su objeto exclusivo, trata de la vida que se eleva por encima de él; que arrancando del mínimo requerido para la salvación se alza hasta las cumbres más altas de la perfección.

La moral auténtica que Jesucristo dejó impresa en los evangelios, nunca ha desaparecido de la Iglesia, pero los manuales de Teología Moral no siempre han permitido su clara visión, a causa de su enfoque unilateral. El ambiente religioso de otros tiempos pudo suplir esta deficiencia, que hoy pide urgentemente ser remediada, por una visión sintética que deje bien sentadas las ideas básicas que han de regir toda la Moral cristiana.

La tarea de adaptación a las necesidades actuales está iniciada, pero todavía falta mucho para que llegue a plena madurez e invada las últimas ramificaciones de la enseñanza.

De aquí se sigue la gran responsabilidad y el esfuerzo que se pide a todos cuantos por la enseñanza de la Moral intentan plasmar en las almas la imagen viviente de Jesucristo y hacer brillar en nuestro mundo de violencias y egoísmos la señal que descubre a los verdaderos discípulos del Señor.

La «ley» sigue teniendo toda su fuerza, sigue y seguirá siendo igualmente digna de estudio. Pero no hay que convertir en fin lo que es

---

<sup>37</sup> *Id.*, *op. cit.*, pp. 29-31, 48, 79.

simplemente un medio, ni olvidar que si es relativamente fácil determinar cuándo se han infringido algunos preceptos, nunca se puede saber cuándo uno ha cumplido perfectamente las obligaciones básicas de la Moral cristiana.

La Moral deberá siempre exponerse en forma sistemática y organizada, so pena de que muchos puntos queden flotantes, pero esto no debe impedir el que haya un espíritu que clarifique y dé vida a todas las partes de esta estructuración, que permita la recta aplicación de sus principios y establecer debidamente la escala de valores morales.

No hemos insistido en los muchos puntos con que cuenta a su favor la Teología Moral, ni tampoco hemos podido analizar todas las causas que han podido influir en sus desaciertos. Lo que en estas líneas hemos notado nos parece, con todo, suficiente para estimular una sana inquietud renovadora por un problema tan transcendental para el cristianismo de nuestros días.

Agustín VARELA, F.S.C.